

LAS AELGRES COMADRES DE WÍNSOR

PERSONAJES

SIR JUAN FÁLSTAF.

FÉNTON, caballero.

ROBERTO SOMERO, Juez de Paz.

ABRAHAM ENJUTO, su sobrino.

FRANCISCO VADERA.

JORGE PAJE.

GUILLERMO PAJE, niño, hijo de Paje.

SIR HUGO ÉVANS, Cura galés.

EL DOCTOR CAYO, Médico francés.

EL POSADERO de «La Liga.»

BARDOLFO,

PISTOLA,

NIMO,

ROBÍN, paje de Fálstaf.

SIMPLE, criado de Enjuto.

RUBIO, criado del doctor Cayo.

ALICIA, mujer de Vadera.

MARGARITA, mujer de Paje.

ANA, su hija, amada de Fénton.

CELESTINA, criada del doctor Cayo.

} Acompañantes de Fálstaf.

Criados de Vadera, de Paje, etc.

Escena en Wíndsor y sus cercanías.



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Windsor. Ante la casa de Paje.

Entran SOMERO, ENJUTO Y ÉVANS.

SOM. Sir Hugo, no pretendáis disuadirme. Lo haré cuestión de Consejo de Estado. Fuera veinte veces barón de Fálstaf, y no insultará impunemente á Roberto Somero, hidalgo.

ENJ. Juez de paz en el condado de Glóster y «Córam».

SOM. Verdad, Enjuto, sobrino mío, y «Cust-alórum».

ENJ. Cierto, y «Ratolórum» también. Caballero nato, señor cura, y que se firma «Armígero» en toda letra, atestado, recibo ú obligación: Armígero.

SOM. Es la pura verdad, y de esa manera hemos firmado hace trescientos años.

ENJ. Cuantos sucesores le precedieron así firmaron, y cuantos antecesores tras él vinieren pueden hacerlo también, así como ostentar en su escudo una «Camisa enguichada.»

SOM. Vetusto blasón es.

Év. Tuadra bien en vetusta tamisa estar embichada: Bichos rampantes tienen familiaridad ton el hombre é implitan tariño.

SOM. Lo de «Enguichada» implica trompetas y atavíos de caza; pero la camisa no implica caza alguna.

ENJ. ¿Podría yo cuartelar, tío?

SOM. Sí; si por medio de un casamiento te unes.

ÉV. Si tuartela desune.

SOM. No, por cierto.

ÉV. Sí tal. ¡Válgame la Virgen! Si se apropia un tuartel, toma un girón de vuestra tamisa, según yo lo entiendo. Pero nada importa eso. Si el barón de Fálstaf os ha insultado, yo, te soy de la Iglesia, emplearé gustoso mi influjo ton el fin de te os retonciliéis y de te os entendáis.

SOM. Se ocupará en ello el Consejo de Estado. Es un escándalo.

ÉV. El Tonsejo de Estado no debe otuparse en estándalos. No hay temor de Dios en los estándalos. El Tonsejo, tenedlo entendido, desea saber que se teme á Dios, y no oír hablar de estándalos. Seguid en esto mis tonsejos.

SOM. ¡Ah! Si tornara yo á la juventud, la espada lo terminaría.

ÉV. Vale más que esa espada sean vuestros amigos, y te ellos lo terminen. Pero me bulle en la mente ahora otra idea, que ataso tenga mucha miga. Anita la hija de Jorge Paje, es lindo cacho de doncellez.

ENJ. ¿Anita Paje? Tiene pelo castaño y dulce voz femenil.

ÉV. Esa misma, y en el mundo entero hallaréis doncella que la aventaje. Además, setecientas libras tontantes y sonantes le dejó su abuelo (te santa gloria haya), para tuando tumpliera diez y siete años. Bueno fuera dar de lado á vuestros dimes y diretes, y tratar de toncertar un matrimonio entre tú, Abraham y la señorita de Paje.

ENJ. ¿Lególe su abuelo setecientas libras?

Év. Sí, señor, y su padre, además, le reúne otra bonita suma.

SOM. Conozco á esa joven. Tiene excelentes dotes.

Év. Setecientas libras, y á más esperanzas, son dotes excelentes.

SOM. Bueno. Veamos al honrado señor Paje. ¿Está en su casa Fálstaf?

Év. ¿Teréis te mienta? Desprecio al embustero, tomo desprecio al te no es veraz. El noble Sir Juan allí está, y os ruego te os dejéis guiar por quienes bien os tienen. Llamaré á su puerta. (Llama.)

¡Eh! ¡Hola! Dios bendiga esta tasa.

Entra PAJE.

PAJE. ¿Quién está ahí?

Év. Atí está la bendición de Dios y vuestro amigo, y el juez de paz Somero, y el joven Abraham Enjuto, tien ataso, os narre algún otro tuento si las tosas marchan á vuestro agrado.

PAJE. Celebro ver á vuestras mercedes. Muchas gracias por el venado que me enviasteis, Señor de Somero.

SOM. Señor Paje, celebro veros. Buen provecho le haga á persona tan excelente. Ojalá que el venado hubiera sido mejor. Lo mataron mal. ¿Cómo está vuestra hija Ana? Yo con toda mi alma os he querido siempre. ¡Vaya! Con toda mi alma.

PAJE. Caballero, muchas gracias.

SOM. Caballero, muchas gracias yo. Gracias por fas ó por nefas.

PAJE. Me alegro de veros, joven Enjuto.

ENJ. ¿Cómo está, señor, vuestro galgo leonado? He oído decir que le dieron alcance en Cotsalia.

PAJE. No quedó probado.

ENJ. No lo confesaréis. No lo confesaréis.

SOM. Y hará muy bien. No tienes razón. No tienes razón. Es un buen perro.

PAJE. Mestizo.

SOM. Es un buen perro. Un perro hermoso. ¿Qué más puede decirse? Bueno y hermoso. ¿Está ahí el barón de Fálstaf?

PAJE. Ahí dentro está; y ojalá pudiera yo servir de intermediario entre vosotros.

ÉV. Habláis tomo debe de hablar un tristiāno.

SOM. Me ha ofendido, amigo Paje.

PAJE. Hasta cierto punto lo confiesa.

SOM. Confesarlo no es remediarlo. ¿No es eso, amigo Paje? Me ha ofendido, sí tal. En dos palabras, me ha ofendido. Creedme. Roberto Somero, hidalgo, dice que está ofendido.

PAJE. Aquí viene Sir Juan.

Entran FÁLSTAF, BARDOLFO, NIMO y PISTOLA.

FÁL. Ahora bien, señor Somero, ¿os quejaréis de mí al Rey?

SOM. Caballero, habéis maltratado á mis sirvientes, matado mis ciervos y forzado la puerta de mi granja.

FÁL. Pero no besé á la hija de vuestro guardabosque.

SOM. ¡Bah! ¡Qué salida! En su día contestaréis.

FÁL. Contestaré ahora mismo. Hice todo eso. Ya contesté.

SOM. El Consejo de Estado entenderá en ello.

FÁL. Valeos de mejor consejo, porque se van á reír de vos.

ÉV. «Pauta verba», señor barón, y buenas palabras.

FAL. Buenas palabras. Buenas calabazas. Enjuto, te descalabré. ¿Qué razón de bulto tienes para quejarte de mí?

ENJ. ¡Vaya! El chichón que tengo en la cabeza clama contra vos y contra esos tres merodeadores canallas de Bardolfo, Nimo y Pistola. Lleváronme á la taberna, me emborracharon y después me vaciaron los bolsillos.

BAR. Eres un calabacín.

ENJ. Corriente, no importa.

PIS. ¿Cómo va, Mefistófeles?

ENJ. Corriente, no importa.

NIM. Tajadilla, oye. Poco á poco, Tajadilla. Guárdate de mis chistes.

ENJ. ¿Dónde está Simple, mi criado? ¿Me lo podéis decir, tío?

ÉV. Haya paz, por favor. Entendámonos. Somos tres árbitros para juzgar este asunto, según yo lo tomoprendo. El señor de Paje. Videlicet al señor de Paje. Yo propio videlicet, yo propio; y el tercero, por último, y finalmente, nuestro amigo el posadero de La Liga.

PAJ. Los tres tenemos que juzgar y terminar este asunto.

ÉV. Perfectamente. Tomaré notas en mi libro de memorias, y después nos deditaremos al taso ton todo el discernimiento te altancemos.

FAL. ¡Pistola!

PIS. Con oídos oye.

ÉV. El demonio y su esposa. ¡Vaya una frase! ¡Ton oídos oye! Eso es una pedantería.

FAL. Pistola, ¿vaciaste la bolsa del señor Enjuto?

ENJ. Sí, señor. ¡Por estos cinco! ó jamás vuelva yo á pisar mis estrados. Quitóme siete peniques de antiguo cuño y dos monedas de Eduardo VI, que me ven-

dió Eduardo Molinero á dos chelines y dos peniques la pieza. ¡Por estos cinco!

FÁL. ¿Va eso bien, Pistola?

Év. No. Muy mal si hubo estamoteo.

Pis. Eh, tartajoso montañés. Provoco
A la lucha, Barón, mi noble amo,
A esa tizona de metal espurio.
A tu cara «mentís» solemne arrojó,
«Mentís» solemne. Zupia y hez, mentiste.

ENJ. Entonces, ¡por estos cinco! Este fué.

NIM. Cuidado, y déjate de chistes. Te atrapé respondiendo yo, si tu chiste es alguacilarme. Es cuanto tengo que decir.

ENJ. Pues ¡voto á este sombrero mío! que debió ser éste de la cara roja. Porque aunque no recuerdo bien lo que hice cuando me emborracharon, no soy completamente jumento.

FÁL. ¿Qué dices tú, Juan el Rojo?

BAR. Pues, señor, yo por mi parte, digo que se le escurrieron sus cinco sentencias á fuerza de beber.

Év. Sus cinco sentidos debéis decir. ¡Bah! ¡Te ignorancia!

BAR. Y estando chispo lo desembolsaron, porque terminó pasando la meta.

ENJ. ¡Ya! ¿Conque también habláis en latín? Pero no importa. Teniendo presente el chasco, no volveré mientras viva á emborracharme, sino entre gente honrada, decente y piadosa. Si me vuelvo á emborrachar será en compañía de gente temerosa de Dios, y no entre bebedores bribones.

Év. Así Dios me ampare, digo yo que ese es virtuosísimo propósito.

FÁL. Ya lo oís, caballero. Todos vuestros cargos se niegan. ¿Lo oís?

Entra ANA con vino; ALICIA y MARGARITA la siguen.

PAJE. No, hija. Llévate el vino allá dentro. Beberemos en casa. (Vase Ana.)

ENJ. ¡Oh cielos! ¡Ésta es la señorita de Paje!

PAJE. ¿Qué tal, mi señora de Vadera?

FÁL. Mi señora de Vadera. Muy bien llegada, par-diez. Con vuestro permiso. (La besa.)

PAJE. Esposa, da la bienvenida á estos caballeros. Vamos, tenemos para comer pastel de venado caliente. Vamos, caballeros. Espero que beberemos hasta ahogar toda rencilla.

(Vanse todos menos Somero, Enjuto y Évans)

ENJ. Daría cuarenta chelines por tener ahora aquí mi libro de baladas y sonetos.

Entra SIMPLE.

Hola, Simple. ¿Dónde te has metido? ¿Conque tengo yo que servirme á mí mismo? ¿No es eso? Dime, ¿traes contigo el libro de las adivinanzas?

SIM. ¡El libro de adivinanzas! ¡Vaya! ¿Pues no se lo prestó vuestra merced á Alicia Pancorbo el día de Todos Santos, quince días antes de San Miguel?

SOM. Vamos, sobrino. Te estamos esperando. Oye una palabra, sobrino. Se trata de una proposición, como si dijéramos. De una especie de proposición hecha con gran tacto por Sir Hugo. ¿Me entiendes?

ENJ. Sí, señor. Seré razonable. Si así fuere, haré lo que sea de razón.

SOM. Pero entiéndeme...

ENJ. Sí, señor, os entiendo.

ÉV. Pon atención á lo te te dice Enjuto. Yo te explitaré el taso, si tieres atenderme.

ENJ. Nada de eso. Yo haré lo que diga mi tío. Ruego que me perdonéis. Él es juez de paz en su condado, por más que yo sea poca cosa.

ÉV. ¡Pero si esa no es la tuestión La tuestión se refiere á tu tasamiento.

SOM. Cierto: ése es el quid.

ÉV. Verdad te sí. El mismísimo quid. Y ton la señorita Ana Paje.

ENJ. Pues, siendo así, me casaré con ella, poniéndose en la razón.

ÉV. ¡Pero le tienes tariño á esa joven? Deseamos saber eso de tu propia bota ó de tu propio labio, pues muchos filósofos sostienen te los labios son parte integrante de la bota. Así, pues, dinos claramente si tienes voluntad á la doncella.

SOM. Sobrino, Abraham Enjuto, ¿la amas?

ENJ. Así lo espero. Haré lo que debe hacer todo el que desea ponerse en la razón.

ÉV. ¡Hombre, por Dios y por todos los santos y santas de la Torte Celestial; es preciso que digas terminantemente, si á ella te liga el tariño.

SOM. Es preciso. Si tiene buen dote, ¿te casarás con ella?

ENJ. Cosa más importante que esa haré, si en razón me lo suplicáis, tío.

SOM. Pero, entiéndeme, entiéndeme, querido sobrino. Lo que hago es únicamente en obsequio tuyo, sobrino. ¿Amas á la doncella?

ENJ. Con ella me casaré, si lo deseáis; y si no hubiere mucho amor al principio, el cielo lo decrecerá con el aumento de trato al casarnos, y cuando tengamos más ocasiones para conocernos, es de presumir

que la familiaridad enjendre el desprecio. Mas si me decís: «Cásate con ella», me casaré. A eso estoy disolutamente dispuesto.

ÉV. Tontestación muy discreta, si se exceptúa el error de la palabra «disolutamente». Palabra, que según yo lo tomprendo, debería ser «absolutamente». Pero su intención es buena.

SOM. Sí. Creo que la intención de mi sobrino es buena.

ENJ. Por supuesto, y si así no fuere, que me ahorquen. ¡Vaya!

Vuelve á entrar ANA.

SOM. Aquí viene la linda Anita. Por vos, señorita, desearía yo volver á la juventud.

AN. La comida está en la mesa, y mi padre desea que vuestras mercedes lo acompañen.

SOM. Lo acompañaremos, linda Anita.

ÉV. ¡Dios me valga! No quiero faltar para la bendición.

(Vanse Somero y Évans.)

ANA. ¿No se dignará vuestra merced entrar, caballero?

ENJ. No, pardiez. Muchas gracias, de todo corazón. Estoy perfectamente.

ANA. La comida espera.

ENJ. No tengo, pardiez, apetito. Muchas gracias. (A Simple.) Ve tú, que aunque seas criado mío, quiero que sirvas á mi tío Somero. (Vase Simple.) Un juez de paz tiene á veces que agradecer á un amigo el tener criado. Ahora, y hasta que mi madre falte, tengo sola-

mente tres y un muchacho á mi servicio. Pero ¿y qué? Vivo como hidalgo de pobre cuna.

ANA. No he de entrar sin vuestra merced. No se sentarán á la mesa hasta que entréis.

ENJ. A fe mía, no he de comer. Os lo agradezco como si efectivamente lo hiciera.

ANA. Os ruego, señor, que entréis.

ENJ. Prefiero pasearme aquí. Muchas gracias. Me lastimé una espinilla ha poco jugando á espada y daga con un maestro de esgrima. Apostábamos tres golpes contra un plato de ciruelas asadas, y os juro que desde entonces no puedo aguantar el olor de carne asada. ¿Por qué ladran vuestros perros de este modo? ¿Hay osos por ventura en el pueblo?

ANA. Creo que sí. Acerca de ello he oído hablar.

ENJ. Me agrada cazarlos, y, metido en esa diversión, me encorajino como el que más en Inglaterra. ¿Os asustáis, no es verdad, si véis un oso suelto?

ANA. Sí, señor.

ENJ. Eso es para mí mi comidilla. He encontrado más de veinte veces al oso Sáquerson suelto, y lo he cogido de la cadena; pero las mujeres chillaron y alborotaron de modo que metía miedo. Las mujeres no los pueden ver por lo feos y bastos que son.

Vuelve á entrar PAJE.

PAJE. Vamos, mi joven amigo Enjuto. Os estamos esperando.

ENJ. No puedo probar bocado. Muchas gracias.

PAJE. ¡Por vida de...! No hay escapatoria. ¡Vamos, vamos!

ENJ. No, por favor. Vos primero.

PAJE. Vamos, pues.

ENJ. Señorita Ana, primero vos.

ANA. No, señor. No os detengáis.

ENJ. Pues yo no entro primero. Que no. ¡Vaya! No os haré semejante agravio.

ANA. Hacedme ese favor.

ENJ. Antes quiero ser descortés que majadero. Pero os ofendéis. De veras lo digo. ¡Vaya!

ESCENA II

Portal de la casa de Paje.

Entran ÉVANS y SIMPLE.

Év. Anda, anda, y averigua tual es la tasa del doctor Tayo. Allí vive una tal Celestina, que es, según parece, su ama de llaves, ó su ama seta, ó su tocinera, ó su lavandera, ó su planchadora.

SIM. Muy bien, señor.

Év. Espera. Aun más. Dale esta tarta, porque esa mujer es íntima de la señorita de Paje, y la tarta es para suplitarle y requerirle que manifieste los deseos de tu amo con respecto á la señorita Ana Paje. Anda, te ruego. Yo terminaré mi tomida, pues aun faltan las manzanas y el teso. (Vanse.)

ESCENA III

Habitación en la posada de La Liga.

Entran FÁLSTAF, el POSADERO, BARDOLFO, NIMO, PISTOLA y ROBÍN.

FÁL. ¡Mi señor posadero de La Liga!

Pos. ¡Qué me dice mi valentón? Hablad cual erudito y cual discreto.

FÁL. Francamente, mi señor posadero, tengo que despedir algunos secuaces míos.

Pos. De ellos descartaos, valentón Hércules mío. Despedidlos á cajas destempladas, y váyanse á paseo. Al trote, al trote.

FÁL. Gasto diez libras cada semana.

Pos. Sois un emperador, un César, un czar y un Baltasar. Yo daré ocupación á Bardolfo. Escanciará la cerveza. Abrirá los toneles. ¿Digo bien, valentón Hector mío?

FÁL. Hacedlo, mi buen posadero.

Pos. Dicho está. Que me siga. Veremos cómo la hace espumar y revivir. Me atengo á mi palabra, seguidme. (Vase.)

FÁL. Bardolfo, síguelo. Buen oficio es el de escanciador. De una capa vieja puede hacerse un gabán flamante. De un sirviente deteriorado, un escanciador novel. Vete. Adiós.

BAR. Es ocupación que he deseado. Prosperaré.

Pis. Bohemio vil, ¿tú manejar la espita? (Vase Bardolfo.)

NIMO. Enjandrado fué en la crápula. ¿No tiene ingenio el chiste?

FÁL. Celebro verme libre de ese ascua ardiendo. Era ratero con harto descaro. Robaba como canta el mal cantor: fuera de tiempo.

NIMO. El chiste yace en robar durante una mínima.

Pis. El discreto dice transferir. ¡Robar! ¡Qué horror! Esa palabra no vale una higa.

FÁL. Pues señores, estoy casi en chancletas.

Pis. Tras eso seguirán los sabañones.

FÁL. No hay remedio. Tengo que merodear. Que buscármela.

Pis. Comer los cuervercillos necesitan.

FÁL. ¿Quién de vosotros conoce en este pueblo á Vadera?

PIS. Yo lo conozco. Es hombre de substancia.

FÁL. Muchachos, debo deciros que he tomado mis medidas.

PIS. Y que vuestra cintura mide dos varas y media.

FÁL. Déjate, Pistola, de equívocos. Tendré dos varas y media á la redonda; pero no se trata ahora de esas redondeces, sino de redondearme yo. En una palabra, trato de enamorar á la mujer de Vadera. Vislumbro en ella hospitalidad. En su conversación, en su amable trato, en sus incitantes sonrisas, leo yo sus íntimos pensamientos, porque su embozada conducta, puesta en lenguaje claro, quiere decir: «Soy del barón de Fálstaf».

PIS. La estudió y la ha traducido correctamente de la virtud á lenguaje claro.

NIMO. A fondo va el ancla. ¿Pasa el chiste?

FÁL. Ahora bien. Según se dice, ella manda en jefe en la bolsa de su marido, y éste posee una legión de ángeles acuñados.

PIS. Pues tomad otros tantos diablos á vuestro servicio, y «á ella, muchachos», digo yo.

NIMO. Sube de punto el chiste. Es de ley. No chistarán los ángeles.

FÁL. Hele escrito una carta que aquí traigo, y otra á la esposa de Paje, quien ha poco me miró con muy buenos ojos, examinándome de arriba á abajo, con juiciosas guiñadas. Los rayos de sus ojos doraron á veces mis pies, y otras mi anchuroso abdomen.

PIS. El sol, á veces, muladares dora.

NIMO. Gracias por ese chiste.

FÁL. ¡Ah! Recorrió mi externo ser con tanta avaricia, que la intensidad de sus miradas me abrasaba como

lente puesta al sol. Aquí traigo para ella otra carta. También ella es dueña de la bolsa. Es una posesión en la Guyana repleta de oro y esplendidez. Me divertiré con entrambas, y serán mis tesorerías. Serán mis Indias Orientales y mis Indias Occidentales, y con ambas traficaré. Lleva tú esta carta á la señora de Paje, y tú ésta á la señora de Vadera. Medraremos, muchachos, medraremos.

Pis. ¿En Pándaro de Troya convertirme
Ciñendo espada? ¡Vaya al diablo todo!

Nimo. Yo no admito tan vil chiste. Tomad vuestra chistosa epístola. Quiero mantener respetable porte.

(A Robin.)

FAL. Bergante, tén, y distribuye al punto
Las cartas éstas. Tu serás mi esquite.
Navega, pues, á esas doradas playas.
Idos de aquí, bergantes. Cual granizo
Desvaneceos. Caminad al trote,
Moved las piernas. A buscar albergue,
Que Fálstaf, ateniéndose á su siglo,
Su hacienda cuida, cual francés, bribones,
Y ya le basta un paje con galones. (Vase.)

Pis. ¡Que malos buitres tus entrañas roan!
Mientras que á mí los dados me obedezcan,
Tendré realillos en la bolsa mía,
Turco de Frigia, cuando á tí te falten.

Nimo. Búllenme en la mente ideas, que culminarán
en ideas de venganza.

Pis. ¿Te vengarás?

Nimo. Lo juro por el cielo.

Pis. ¿Con el ingenio ó con la espada?

Nimo. Chistes

Habrás de ambas especies, si divulgo

El chiste de su amor á la de Paje.

Pis. Yo á Vadera he de contar
Que Fálstaf, exento de todo decoro,
Su tórtola quiere robarle, y su oro,
Y su lecho mancillar.

Nimo. No se enfriarán mis chistes. Yo induciré á Paje á traficar en tósigos, y haré que padezca de ictericia, porque esta rebelión mía será peligrosa. Ahí yace el chiste.

Pis. Eres el Marte tú de los rabiosos.
Yo te secundaré. Vamos andando. (Vanse.)

ESCENA IV

Habitación en casa del doctor Cayo.

Entran CELESTINA y SIMPLE.

CEL. ¡Eh! Juan Rubio.

Entra RUBIO.

Por favor, asómate á la ventana á ver si viene mi amo el doctor Cayo. Si llega y halla gente en casa, abusará de la paciencia de Dios y del Diccionario.

RUB. Iré á ver.

CEL. Anda, y esta noche nos desquitaremos con un ponche junto al hogar, al amor de sus rescoldos. (Vase Rubio.) Mozo es este tan honrado, servicial y bondadoso, como jamás ha servido en casa alguna, y de juro no es ni chismoso ni pendenciero. Su peor defecto es ser devoto, con respecto á lo cual es algo mentecato; pero ¿quién no tiene su falta? Vamos á otra cosa. ¿Decís que os llamáis Pedro Simple?

SIM. Sí, señora, á falta de nombre mejor.

CEL. ¿Y que el señor Enjuto es vuestro amo?

SIM. Sí, señora.

CEL. ¿No gasta gran barba corrida en forma de cuchillo de guantero?

SIM. No, señora. En la carita suya gasta únicamente una barbilla amarillosa ó rojiza, como la de Judas.

CEL. Hombre de carácter apacible, ¿no es verdad?

SIM. Sí, porcierto; pero tiene manos tan largas como puede tenerlas el que más entre cuerpo y cuerpo. Peleóse una vez con un guarda-bosque.

CEL. ¿Qué decís? Ya. Creo conocerlo. ¿No lleva la cabeza erguida, así, y no se pavonea al andar?

SIM. Cierto.

CEL. Pues que no le mande el Cielo peor suerte á Ana Paje. Decid al señor cura Évans, que haré cuanto pueda en obsequio de vuestro amo. Ana es excelente joven, y yo deseo... (Vuelve á entrar Rubio.)

RUB. ¡Eh! ¡Afuera! Ahí viene el amo.

CEL. La va á emprender con todos. (Vase Rubio.)

Joven, entrad aquí en este gabinete. No quedará mucho tiempo en casa. (Encierra á Simple en el gabinete.)

¡Eh, Juan Rubio! ¡Juan! ¡Juan! Oye. Ve, Juan, y averigua dónde está el amo. Me temo que no esté bueno, pues ya tarda. (Canta.)

La, laralá, laralá.

Entra el doctor CAYO.

CAYO. ¿Qué canta vos? Yo no gusto de estas tonterías. Por favor, id á mi gabinete y traed un «boite vert», una caja verde. ¿Comprenez lo que digo? Una caja verde.

CEL. Sí, señor. Yo la traeré. (A parte.) Me alegro que

no entre él por ella. Si hubiera hallado á ese joven, de fijo cornea.

CAYO. ¡Uf, uf, uf! Ma foi, il fait fort chaud! Je m'en vais à la cour. La grande affaire!

CEL. ¿Es ésta, señor?

CAYO. Oui. Mettez-la en mon faltriquera. Dépêchez. Pronto. ¿Dónde es ese tunante Rubio?

CEL. ¡Eh, Juan Rubio, Juan!

(Vuelve á entrar Rubio.)

RUB. Señor.

CAYO. ¿Tú ser Juan Rubio, ó ser Juan Rucio? Vamos. Coge tu estoque y seguirme tú á la corte.

RUB. Aquí lo tengo en la antesala.

CAYO. Ma foi! Me detengo mucho. Diable! Qu'ai j'oublié? Haber medicinos en mi gabinete, que no dejar ahí por todo el mundo.

CEL. ¡Válgame Dios! Va á ver al joven, y se va á volver loco.

CAYO. ¡Oh! Diable, diable! ¿Quién haber en mon gabinete? Canalla, Larron. (Sacando á Simple del gabinete.) Rubio, mi espada.

CEL. Señor, tranquilizaos.

CAYO. ¿Por qué me tranquilizar?

CEL. Este joven es persona honrada.

CAYO. ¿Qué hacer persona honrada en mon gabinete? No haber persona honrada que entre en mon gabinete.

CEL. Por Dios, no sea vuestra merced tan flemático. Escuche lo que es. Vino con un mensaje del señor cura Évans.

CAYO. Bien.

SIM. Sí, señor. Para suplicarle que...

CEL. Por favor, callaos.

CAYO. Callar vos. Seguid vuestro cuento.

SIM. Para suplicar á esta buena señora, vuestra doncella, á que hable á la señorita de Paje en favor de mi amo, que con ella pretende casarse.

CEL. Pues eso es todo. Ya lo sabéis. Pero yo no meto mis manos en el fuego por nadie, ni hay para qué.

CAYO. ¿Sir Hugo os manda? Rubio, baillez moi papel. Espera un poco. (Escribe.)

CEL. Celebro verle tan tranquilo. Si se hubiera enojado de veras, ya lo hubierais oído gritar furioso y melancólico. Sin embargo, joven, oíd. Haré por vuestro amo lo que pueda; pero, francamente, lo que mata ó sana es el doctor francés, mi amo. Puedo llamarle amo, porque habéis de saber que yo cuido de la casa, lavo, plancho, preparo la cerveza, amaso el pan, friego, guiso y hago las camas, y, en fin, todo lo hago yo.

SIM. Harto trabajo es para las manos de solo un cuerpo.

CEL. ¿Entendéis vos de estas cosas? Pues ya comprenderéis que es trabajo. Y levantarme temprano y acostarme tarde. Pero, sin embargo, os lo dire al oído (no quiero que se repita). Mi amo mismo está enamorado de Anita Paje; pero, no obstante, yo conozco el corazón de Ana. Eso nada importa.

CAYO. Tú, gaznápiro. Lleva esta carta á Sir Hugo. Parbleu! Es un desafío. Yo le cortar el gañote en el parque, y enseñar á ese miserable gaznápiro cura á hacer y á deshacer. Vete. No es provechoso quedar aquí. Parbleu! Yo cortaré todas sus dos orejas. No le quedar una sola para echarla á su perro. (Vase Simple.)

CEL. Pero, señor, habla solo en pro de su amigo.

CAYO. Eso á mí nada me importa. ¿No me haber dicho vos que Ana Paje será mía? Parbleu! Yo mataré á ese curilla, y nombrar al posadero de La Liga para me-

dir las armas. Parbleu! Yo quiero Ana Paje para mí solo.

CEL. Señor, la doncella os ama y todo irá bién. Hay que dar licencia á la gente para que charle. ¡Mala peste en ella!

CAYO. Rubio, ven conmigo á la corte. Parbleu! Si no consigo yo Ana Paje, salís vos de mi casa de cabeza. Sigue á mis talones, Rubio. (Vanse Cayo y Rubio.)

CEL. Con la de un burro te veas tú adornado. ¡Vaya! Conozco yo el corazón de Ana. Mujer ninguna en todo Wínsor conoce mejor que yo el corazón de Ana, ni nadie tiene sobre ella más influjo que yo, á Dios gracias.

FÉN. (Dentro.) ¡Eh! ¿Quién está ahí?

CEL. Pero, ¿quién es? Entrad os ruego,

Entra FÉNTON.

FÉN. Y bien, buena mujer, ¿cómo va?

CEL. Perfectamente, puesto que por mi salud pregunta vuestra merced.

FÉN. ¿Qué noticias tenéis? ¿Cómo está la linda Anita?

CEL. Verdaderamente es linda y virtuosa y amable, y de pasada puedo aseguraros que es amiga vuestra también; ¡loado sea Dios por ello!

FÉN. ¿Creéis que alcance su favor? ¿No perderé mi pleito?

CEL. En verdad sea dicho, todo depende de la voluntad del que está arriba. Sin embargo, señor Fénton, juraría por los Evangelios que os ama. ¿No tiene vuestra merced un lunar sobre un ojo?

FÉN. Sí, ¿y qué?

CEL. Pues bien; de eso pende un cuento. A fe mía. ¡Es mucha Anita! Pero ¡válgame Dios! muchacha más

virtuosa jamás ha comido pan. Una hora me estuvo hablando acerca de ese lunar. Nunca me río tanto como cuando estoy en compañía de esa doncella; pero, francamente, es demasiado dada á la melancolía y á cavilar. No obstante, en cuanto á vos, vamos, vamos.

FÉN. Bien. Hoy la veré. Tened. Tomad este dinero. Que cuente yo con vuestra influencia. Si la veis antes que yo, habladle bien de mí.

CEL. ¿Quién, yo? A fe que sí, y ya le contaré á vuestra merced algo más acerca del lunar cuando nos volvamos á ver, y también acerca de otros particulares.

FÉN. Bien. Adiós. Ahora tengo que hacer.

CEL. Páselo bien vuestra merced. (Vase Fénton.) Es honrado caballero, en verdad sea dicho; pero Ana no lo quiere, y yo conozo el corazón de Ana tan bien como puede conocerlo cualquiera. ¡Válgame Dios! ¡Lo que se me olvidaba!

(Vase.)
